

tu negrura, mejor que en el mantó azul del día, se dibujan los contornos luminosos de la inspiración, Alzad vuestros techos, casas mil de la heroica villa, que, por un poeta en necesidad suma, no habeis de hacer ménos que por aquel diablillo cojuelo que travesamente os descaperuzó. Vea yo entrar en vuestras salas y gabinetes damas y caballeros, buscando, tras las agitadas horas de públicos placeres, el nocturno descanso. Lleguen á mis aguzados oídos las mil palabras sueltas de todos esos que á Julian y Teodora preguntaban por mí; y como de rayos dispersos de luz, por diáfano cristal recogidos, se hacen grandes focos; y como de líneas cruzadas de sombra se forjan las tinieblas, y de granos de tierra los montes, y de gotas de agua los mares; así yo, de vuestras frases perdidas, de vuestras vagas sonrisas, de vuestras miradas curiosas, de esas mil trivialidades que en cafés, teatros, reuniones y espectáculos dejais dispersas, y que ahora flotan en el aire, forje también mi drama, y sea el modesto cristal de mi inteligencia, lente que traiga al foco luces y sombras, para que en él brote el incendio dramático y la trágica explosión de la catástrofe. Brote mi drama, que hasta título tiene, porque allá, bajo la luz del quinqué, veo la obra inmortal del inmortal poeta florentino, y dióme en italiano lo que en buen español fuera buena imprudencia y mala osadía escribir en un libro ó pronunciar en la escena. Francesca y Paolo, válganme vuestros amores. (Sentándose á la mesa y preparándose á escribir.) ¡Al drama!... El drama empieza! Primera hoja: ya no está en blanco... ya tiene título. (Escribiendo.) EL GRAN GALEOTO. (Escribo febrilmente.)

FIN DEL DIÁLOGO.

## ACTO PRIMERO.

La escena representa un salón en casa de D. Julian.

En el fondo una gran puerta: tras ella un pasillo transversal: despues la puerta del comedor, que permanece cerrada hasta el final del acto.—Á la izquierda del espectador, en primer término, un balcón; en segundo término, una puerta. Á la derecha, en primero y segundo término respectivamente, dos puertas.—En primer término, á la derecha, un sofá; á la izquierda una pequeña mesa y una butaca.

Todo lujoso y espléndido.

Es de día, á la caída de la tarde.

### ESCENA PRIMERA.

TEODORA, D. JULIAN.—Teodora asomada al balcón:  
D. Julian sentado en el sofá y pensativo.

TEODORA. ¡Hermosa puesta de sol!  
¡qué nubes, qué sol, qué cielo!  
Si en los espacios azules  
está el porvenir impreso,  
como dicen los poetas  
y nuestros padres creyeron;  
si en la esfera de zafir  
escriben astros de fuego,  
de los humanos destinos

el misterioso secreto,  
y es esta espléndida tarde,  
página y cifra del nuestro,  
¡qué venturas nos aguardan,  
qué porvenir tan risueño,  
cuánta vida en nuestra vida,  
cuánta luz en nuestro cielo!  
¿No es verdad? (Dirigiéndose á Julian.)

Pero ¿qué piensas?

Vén, Julian: mira aquel léjos.

¿No me contestas?

JULIAN. (Distraído.) ¿Qué quieres?

TEODORA. (Acercándose á él.)  
¿No me escuchaste?

JULIAN. El deseo  
siempre está donde estás tú,  
que eres su iman y su centro;  
pero á veces importunos,  
acosan al pensamiento  
preocupaciones, cuidados,  
negocios...

TEODORA. De que reniego,  
pues de mi esposo me roban  
la atención, si no el afecto.  
Pero ¿qué tienes, Julian? (Con sumo cariño.)  
algo te preocupa, y serio  
debe ser, pues hace rato  
que estás triste y en silencio.  
¿Tienes penas, Julian mío?  
pues las reclama mi pecho,  
que si mis dichas son tuyas,  
tus tristezas yo las quiero.

JULIAN. ¿Penas? ¡siendo tú dichosa!  
¿Tristezas? ¡cuando poseo  
de todas las alegrías  
en mi Teodora el compendio!  
En mostrando tu semblante,  
de la salud de tu cuerpo  
como fruto, esas dos rosas;  
y tus ojos ese fuego,  
que es el resplandor del alma

que se extiende por dos cielos;  
en sabiendo, como sé,  
que yo solo soy tu dueño,  
¿qué tristezas, ni qué penas,  
ni qué sombras, ni qué duelos,  
pueden impedirme ser,  
del corazón hasta el centro,  
el hombre más venturoso  
que existe en el universo?  
¿Y tampoco son disgustos  
de negocios?

TEODORA.

JULIAN. El dinero  
no me hizo perder jamás,  
ni el apetito, ni el sueño:  
y como siempre le tuve,  
no adersion, mas sí desprecio,  
él se vino hácia mis arcas  
sumiso como un cordero.  
Y fuí rico, y rico soy,  
hasta que muera de viejo,  
don Julian de Garagarza,  
en Madrid, Cádiz y el Puerto,  
gracias á Dios y á su suerte,  
será, Teodora, el banquero,  
si no de mayor fortuna,  
más seguro, y de más crédito.

TEODORA.

Pues bien, entónces ¿por qué  
estabas hace un momento  
tan preocupado?

JULIAN.

¡Pensaba!  
y pensaba en algo bueno.

TEODORA.

No es maravilla, Julian,  
siendo tuyo el pensamiento. (Con mimo.)

JULIAN.

¡Lisonjera! ¡no me adules!

TEODORA.

Pero sepa yo qué es ello.

JULIAN.

Quería encontrar remate  
para cierta obra de mérito.

TEODORA.

¿Para la fábrica nueva?

JULIAN.

No es obra de piedra y fierro.

TEODORA.

¿Pero es?...

JULIAN.

De misericordia

obra, y de lejanos tiempos  
deuda sagrada.

TEODORA. (Con alegría natural y espontánea.)  
Ya sé.

JULIAN. ¿Si?

TEODORA. Pensabas en Ernesto

JULIAN. Acertaste.

TEODORA. ¡Pobre chico!  
bien hacías. ¡Es tan bueno,  
tan noble, tan generoso!

JULIAN. Todo á su padre: ¡modelo  
de lealtad y de hidalgual

TEODORA. ¡Vaya! ¡y de mucho talento!  
veintiseis años... ¡y sabe!

JULIAN. ¿qué sé yo? . . si es un portentol  
¿Si sabe? ¡pues ahí es nada!  
y ese es el mal: porque temo  
que allá perdido en sublimes  
esferas su pensamiento,  
no sepa andar por el mundo,  
que es prosáico y traicionero,  
y no se paga jamás  
de sutilezas de ingenio,  
hasta tres siglos despues  
de habérselas dicho el muerto.

TEODORA. En teniéndote por guía...  
porque tú, Julian... ¿no es cierto?  
no piensas abandonarle.

JULIAN. ¡Abandonarle! muy negro  
era menester que fuese  
el corazon que en el pecho  
me late, para que yo  
olvidase lo que debo  
á su padre. Por el mio  
arriesgó don Juan de Acedo  
nombre y caudal, y la vida  
acaso. Si ese mancebo  
necesita de mi sangre,  
que la pida; que la tengo  
siempre dispuesta á pagar  
deudas del nombre que llevo.

TEODORA. ¡Bien, Julian! ¡ese eres tú!

JULIAN. Tú lo viste: me dijeron  
hace un año, ó poco más,  
que el buen don Juan era muerto,  
y que su hijo en la miseria  
quedaba, y faltóme tiempo  
para meterme en el tren,  
ir á Gerona, cogerlo  
casi á la fuerza, hasta aquí  
volver con él, y en el centro  
de esta sala colocarle  
y decirle: «eres el dueño  
de lo mio, que ya es tuyo,  
porque á tu padre lo debo.  
Si quieres, amo serás  
de esta casa, ó cuando ménos  
por segundo padre ténme,  
que si no alcanze al primero,  
por lo mucho que valía,  
tras él voy con el deseo;  
y en cuanto á quererte... ¡vaya!  
quién es más, allá veremos.»

TEODORA. Es verdad: eso dijiste:  
y el pobre... como es tan bueno,  
rompió á llorar como un niño,  
y colgósete del cuello.

JULIAN. Es un niño: dices bien:  
y pensar en él debemos  
y en su porvenir. Y ahí tienes  
por qué preocupado y serio  
me viste há poco, buscando  
forma y modo á lo que pienso  
hacer por él, mientras tú  
me brindabas con un bello  
panorama, y un celaje,  
y un rojo sol, que desdeño,  
desde que brillan dos soles  
más puros en nuestro cielo.

TEODORA. Pues no adivino tu idea.  
¿Lo que piensas por Ernesto  
hacer?

JULIAN. Tal dije.  
 TEODORA. ¿Pues cabe hacer más de lo que has hecho? Hace un año vive aquí con nosotros, como nuestro. Ni áun cuando hijo tuyo fuese, ni mi propio hermano siendo, le mostraras más cariño ni en mí hallara más afecto.  
 JULIAN. Está bien: pero no basta.  
 TEODORA. ¿Que no basta? Pues yo creo...  
 JULIAN. Tú piensas en lo presente y yo en lo futuro pienso.  
 TEODORA. ¿Lo futuro? ¿el porvenir? pues fácilmente lo arreglo. Mira: vive en esta casa cuanto quiera, años enteros, como suya, pues es claro; hasta que allá, con el tiempo, por ley justa y natural, se enamore y le casemos. Entónces de tu fortuna le entregas con noble empeño una buena parte; vánse á su casa, desde el templo, *ella y él*; que el refran dice, y yo á su razon me atengo, *que el casado casa quiere*, y no porque vivan léjos hemos de olvidarle nunca, ni hemos de quererle ménos. Y ya lo ves: son felices: nosotros más, por supuesto. Tienen hijos: ¿quién lo duda? ¡nosotros más!... ¡por lo ménos (Con mimo.) una niña!... se enamoran ella y el hijo de Ernesto y se casan...  
 (La volubilidad, el gracejo, los matices de este parlamento, quedan encomendados al talento de la actriz.)

JULIAN. ¡Pero adónde vas á parar, justo cielo! (Riendo.)  
 TEODORA. Hablabas de porvenir y éste porvenir te ofrezco; que si no es esté, Julian, ni me gusta, ni lo acepto.  
 JULIAN. Es como tuyo, Teodora. Pero...  
 TEODORA. ¡Ay, Dios! ya tiene un pero.  
 JULIAN. Mira, Teodora, nosotros pagamos lo que debemos al amparar á ese jóven desdichado, como á deudo, y á la obligacion se agregan exigencias del afecto, que vale tanto por sí, como por hijo de Acedo. Pero en toda accion humana siempre hay algo de complejo, siempre hay dos puntos de vista, y siempre tiene un reverso la medalla. Con lo cual decirte, Teodora, quiero que en este caso, son casos más que contrarios, diversos, el de dar y recibir proteccion, y que me temo que al fin le sepan mis dones á humillacion por lo ménos. Él es noble, y es altivo, y casi, casi, soberbio, y á su situacion, Teodora, es forzoso hallarle término. Hagamos por él, aún más, y finjamos hacer ménos.  
 TEODORA. ¿De qué modo?  
 JULIAN. Vas á ver...  
 TEODORA. Pero él viene. (Mirando hácia el fondo.)  
 JULIAN. Pues silencio.

## ESCENA II.

TEODORA, D. JULIAN, ERNESTO por el fondo.

JULIAN. Bien venido.

ERNESTO. Don Julian...

Teodora...

(Saluda como distraído y se sienta junto á la mesa, quedando pensativo.)

JULIAN. ¿Qué tienes? (Acercándose á él.)

ERNESTO. Nada.

JULIAN. Algo noto en tu mirada,  
y algo revela tu afán.

¿Tienes penas?

ERNESTO. ¡Desvarío!

JULIAN. ¿Tienes disgustos?

ERNESTO. Ninguno,

JULIAN. ¿Acaso soy importuno?

ERNESTO. ¡Usted importuno! ¡Dios mío!

(Levantándose y acercándose á él con efusión.)

No, su cariño le inspira:

su amistad es su derecho:

y lee dentro de mi pecho

cuando á los ojos me mira.

Algo tengo, sí señor;

pero todo lo diré.

Don Julian, perdone usted:

y usted también: ¡por favor! (Á Teodora.)

Yo soy un loco, y un niño,

y un ingrato: en puridad,

ni merezco su bondad,

ni merezco su cariño.

Yo debiera ser dichoso

con tal padre y tal hermana,

y no pensar en mañana,

y sin embargo es forzoso

que piense. La explicación

me sonroja... ¿No me entienden?...

Sí, sí, que ustedes comprenden

que es falsa mi situación.

De limosna vivo aquí. (Con energía.)

TEODORA. Esa palabra...

ERNESTO. Teodora...

TEODORA. Nos ofende.

ERNESTO. Sí, señora,

dije mal; pero es así.

JULIAN. Y yo te digo que no.

Si de limosna, y no escara,

alguien vive en esta casa,

ese no eres tú: soy yo.

ERNESTO. Conozco, señor, la historia

de dos amigos leales,

y de no sé qué caudales

de que ya no hago memoria.

Á mi padre le hace honor

rasgo de tal hidalguía;

pero yo lo mancharía

si cobrase su valor.

Yo soy joven, Don Julian,

y aunque es poco lo que valgo

bien puedo ocuparme en algo

para ganarme mi pan.

¿Será esto orgullo ó manía?

No lo sé y el tino pierdo;

pero yo siempre recuerdo

que mi padre me decía:

«Lo que tú puedas hacer

»á nadie lo has de encargar:

»lo que tú puedas ganar

»á nadie lo has de deber.»

JULIAN. De modo que mis favores

te humillan y te envilecen;

tus amigos te parecen

importunos acreedores.

TEODORA. Usted discurre en razón,

usted sabe mucho, Ernesto;

pero mire usted, en esto

sabe más el corazón.

JULIAN. Esa altivez desdeñosa

no mostró mi padre al tuyo.

TEODORA. La amistad, según arguyo,

era entonces otra cosa.

ERNESTO. ¡Teodora!  
 TEODORA. Es noble su afán.  
 ERNESTO. Es cierto, soy un ingrato:  
 ya lo sé: y un insensato...  
 perdone usted, don Julian.  
 (Profundamente conmovido.)  
 JULIAN. ¡Su cabeza es una fragua!  
 (A Teodora, refiriéndose á Ernesto.)  
 TEODORA. ¡Si no vive en este mundo!  
 (A Julian, lo mismo.)  
 JULIAN. Eso sí, sábio y profundo,  
 y se ahoga en un charco de agua.  
 ERNESTO. ¡Qué de esta vida no sé, (Tristemente.)  
 ni hallo en ella mi camino?  
 Es verdad; mas lo adivino  
 y tiemblo no sé por qué.  
 ¡Qué en las charcas de este mundo  
 como en alta mar me anego?  
 me espantan más, no lo niego,  
 mucho más que el mar profundo.  
 Hasta el limite que marca  
 suelta arena el mar se tiende:  
 por todo el espacio extiende  
 emanaciones la charca.  
 Contra las olas del mar  
 luchan brazos varoniles:  
 contra miasmas sutiles  
 no hay manera de luchar.  
 Y yo, si he de ser vencido,  
 que no humilla el vencimiento,  
 en el último momento  
 sólo quiero, y sólo pido,  
 ver ante mí, y esto baste,  
 al mar que tragarme quiera,  
 á la espada que me hiera  
 ó á la roca que me aplaste.  
 Á mi adversario sentir,  
 su cuerpo y su furia ver,  
 y despreciarle al caer,  
 y despreciarle al morir.  
 Y no aspirar mansamente

mi pecho, que se dilata,  
 el veneno que me mata  
 esparcido en el ambiente.  
 JULIAN. ¿No te dije? ¡perdió el seso! (A Teodora.)  
 TEODORA. Pero, Ernesto, ¿á dónde vamos?  
 JULIAN. Con el caso que tratamos  
 ¿qué tiene que ver todo eso?  
 ERNESTO. Que al verme, señor, aquí  
 amparado y recogido,  
 lo que he pensado, he creído  
 que piensan todos de mí.  
 Que al cruzar la Castellana  
 en el coche con ustedes,  
 con Teodora ó con Mercedes  
 al salir una mañana,  
 al ir á su palco al Real,  
 al cazar en su dehesa,  
 al ocupar en su mesa  
 de diario el mismo sitio;  
 aunque á su optimismo pese,  
 el caso es, señor, que todos,  
 con estos ó aquellos modos,  
 se preguntan ¿quién es ese?  
 ¿Será su deudo?—No tal.  
 ¿Su secretario?—Tampoco.  
 ¿Su socio?—Si es socio poco  
 trajo á la masa social.  
 Eso murmuran.  
 JULIAN. Ninguno.  
 ERNESTO. Eso sueñas.  
 JULIAN. Por favor...  
 ERNESTO. Pues veñga un nombre.  
 JULIAN. Señor...  
 ERNESTO. Me basta sólo con uno.  
 JULIAN. Pues lo tienen á la mano:  
 ERNESTO. está en el piso tercero.  
 JULIAN. ¿Y se llama?  
 ERNESTO. Don Severo.  
 JULIAN. ¿Mi hermano?  
 ERNESTO. Justo: su hermano.  
 JULIAN. ¿No basta? Doña Mercedes,

su noble esposa y señora.

¿Más? Pepito. Conque ahora  
á ver qué dicen ustedes

JULIAN. (Con enojo.) Pues digo, y juro, y no peco,  
que *él*, mas que severo, es raro;  
que *ella* charla sin reparo,  
y que el chico es un muñeco.

ERNESTO. Repiten lo que oyen.

JULIAN. Nada:

esas son cavilaciones.

Donde hay nobles intenciones,  
y á la gente que es honrada,  
le importa poco del mundo:  
cuanto el murmurar más recio,  
más soberano el desprecio,  
y más grande y más profundo.

ERNESTO. Eso es noble y eso siente  
todo pecho bien nacido;  
pero yo tengo aprendido  
que lo que dice la gente,  
con maldad ó sin maldad,  
segun aquel que lo inspira,  
comienza siendo mentira  
y acaba siendo verdad.  
La murmuracion que cunde.  
nos muestra oculto pecado,  
y es reflejo del pasado,  
ó inventa el mal y lo infunde?  
Marca con sello maldito  
la culpa que ya existía,  
ó engendra la que no había,  
y da ocasion al delito?  
El labio murmurador  
¿es infame, ó es severo?  
¿es cómplice, ó pregonero?  
¿es verdugo, ó tentador?  
¿remata ó hace caer?  
¿hiere por gusto ó por pena?  
y si condena, ¿condena  
por justicia, ó por placer?  
Yo no lo sé, don Julian:

quizá las dos cosas son;  
pero el tiempo y la ocasion  
y los hechos lo dirán.

JULIAN. Mira, no entiendo ni jota  
en esas filosofías.  
Presumo que son manías  
con que tu ingenio se agota;  
pero en fin tampoco quiero  
alligarte ni apurarte.

¿Quieres, Ernesto, crearte,  
independiente y severo  
una posicion honrada  
por tí sólo? ¿no es así?

ERNESTO. Don Julian...

JULIAN. Responde.

ERNESTO. (Con alegría.) Sí.

JULIAN. Pues la tienes alcanzada.  
Me encuentro sin secretario:  
de Lóndres me brindan uno,  
pero no quiero ninguno,  
más que un ser estafalario,  
(Con tono de cariñosa reconvenelon.  
que su pobreza prefiere,  
su trabajo y sueldo fijo,  
como cualquiera, á ser hijo  
de quien por hijo le quiere.  
Don Julian...

ERNESTO. Pero exigente

JULIAN. (Con tono de cómica severidad.)  
y hombre de negocios soy,  
y mi dinero no doy  
nunca de balde á la gente.  
Y he de explotarte á mi gusto,  
y he de hacerte trabajar,  
y en mi casa has de ganar  
únicamente lo justo.  
Diez horas para el tintero,  
despierto al amanecer,  
y contigo voy á ser,  
más severo que Severo.  
¡Esto serás ante el mundo:

víctima de mi egoísmo...  
pero Ernesto... siempre el mismo  
de mi pecho en lo profundo!  
(Sin poder contenerse, cambiando de tono y  
abriéndole los brazos.)

ERNESTO.

¡Don Julian!... (Abrazándole.)

JULIAN.

¿Aceptas?

ERNESTO.

Sí.

Haga de mí lo que quiera.

TEODORA.

Al fin domaste la fiera. (Á Julian.)

ERNESTO.

¡Todo por usted! (Á Julian.)

JULIAN.

Así:

así te quiero. Ahora escribo

á mi buen correspondal:

le doy como es natural

las gracias, y que concibo

el mérito extraordinario

del inglés de que hace alarde;

pero que ha llegado tarde,

porque tengo secretario.

(Dirigiéndose á la primera puerta de la derecha.)

Eso ahora... pero andar

deja al tiempo. ¡Socio luégo!

(Volviendo y fingiendo que habla con misterio.)

TEODORA.

¡Calla por Dios!... te lo ruego,

¡no ves que se va á espantar! (Á D. Julian.)

(Sale D. Julian por la derecha, primer término,

riendo bondadosamente y mirado á Ernesto.)

## ESCENA III.

TEODORA ERNESTO. Al final de la escena anterior  
comenzó á anochecer, de suerte que al llegar á este mo-  
mento el salon está ya completamente oscuro.

ERNESTO. ¡Ah! ¡que su bondad me abruma!

¿cómo pagarle, Dios mío?

(Se deja caer en el sofá profundamente conmo-  
vido. Teodora se acerca á él y queda á su lado  
en pie.)

TEODORA. Dando de mano al desvío  
y á la desconfianza. En suma,  
teniendo juicio y pensando,  
que de veras le queremos,  
que lo que fuimos seremos,  
y en fin, Ernesto, que cuando  
Julian promete, no es vana  
su promesa y la mantiene,  
de manera que usted tiene,  
en él, padre, y en mí, hermana.

## ESCENA IV.

TEODORA, ERNESTO, DOÑA MERCEDES, D. SE-  
VERO. Los dos últimos se presentan por el fondo y en  
él se detienen. El salon á oscuras: sólo una pequeña claridad  
en el balcon, hácia el cual se dirigen Teodora y Ernesto.

ERNESTO. ¡Ah, qué buenos son ustedes!

TEODORA. ¡Y usted qué niño! De hoy más  
no ha de estar triste.

ERNESTO. Jamás.

MERCEDES. (¡Qué oscuro!) (Desde fuera en voz baja.)

SEVERO. (Lo mismo.) (Vamos, Mercedes.)

MERCEDES. No hay nadie. (Pasando la puerta.)

SEVERO. (Deteniéndola.) Gente hay allí.

(Se quedan los dos en el fondo observando.)

ERNESTO. Teodora, mi vida entera,  
y otras mil, gustoso diera  
por el bien que recibí.  
No me debe usted juzgar  
por mi carácter adusto:  
de hacer alardes no gusto  
de amor, pero yo sé amar,  
y también aborrecer,  
que en propios iguales modos  
en mi pecho encuentran todos  
lo que en él quieren poner.

MERCEDES. ¿Qué dicen? (Á Severo.)

SEVERO. Cosas extrañas  
que no oigo bien.  
(Teodora y Ernesto siguen hablando en voz  
baja en el balcón.)

MERCEDES. Si es Ernesto.  
SEVERO. Y ella... es ella... por supuesto.  
MERCED. Teodora.  
SEVERO. Las mismas mañas:  
siempre juntos. ¡No hay paciencia!...  
Y esas palabras... ¿Qué espero?

MERCED. Es verdad: vamos, Severo,  
es ya caso de conciencia.  
Todos dicen...

SEVERO. (Avanzando.) ¡A Julian  
he de hablar hoy mismo y claro.  
MERCED. Pero también es descaro  
el de ese hombre.

SEVERO. ¡Voto á san!  
El de él, y el de ella.

MERCED. ¡Infeliz!  
¡es tan niña! De ella yo  
me encargo.

TEODORA. ¿Á otra casa? no.  
¿Dejarnos? ¡pues es feliz  
la idea! No lo consiente  
Julian.

SEVERO. (Á Mercedes.) Ni yo, ¡vive Cristo!  
(En voz alta.)  
¡Eh, Teodora! ¿no me has visto?  
¿Se recibe así á la gente?

TEODORA. (Separándose del balcón.)  
¡Don Severo!... ¡qué placer!  
MERCED. ¿No se come? ¡qué, no es hora?

TEODORA. ¡Ah, Mercedes!  
MERCED. Sí, Teodora.  
SEVERO. (Ap.) ¡Cómo fingel! ¡qué mujer!  
TEODORA. Pediré luces.  
(Tocando un timbre que está sobre la mesa.)

SEVERO. Bien hecho:  
la gente debe ver claro.

UN CRIADO. Señora... (Presentándose en el fondo.)

TEODORA. Luces, Genaro. (El criado sale.)  
SEVERO. Quien sigue el camino estrecho  
del deber y la lealtad,  
y es siempre lo que parece,  
no se apura ni enrojece  
por la mucha claridad.  
(Entran criados con luces: el salón queda es-  
pléndidamente iluminado.)

TEODORA. (Después de una pequeña pausa dice con natu-  
ralidad y viendo.)  
Eso me parece á mí  
y á cualquiera. (Dirigiéndose á Mercedes.)  
Por supuesto.

MERCED. ¡Hola, hola, don Ernesto,  
conque estaba usted aquí,  
con Teodora, cuando entré? (Con intención.)  
ERNESTO. (Friamente.) Aquí estaba por lo visto.  
SEVERO. Por lo visto, no, ¡por Cristo!  
que en las sombras no se ve.  
(Acercándose á él, dándole la mano y mirán-  
dole fijamente. Teodora y Mercedes hablan  
aparte.)  
(Ap.) (Su color es encendido,  
y parece haber llorado.  
De niño y de enamorado  
se llora sólo en la vida.)  
¿Y Julian? (En voz alta.)

TEODORA. Pues allá dentro,  
se fué á escribir una carta.

ERNESTO. (Ap.) (Aunque mi paciencia es harta,  
me saca este de mi centro.)

SEVERO. Voy á verle. ¿La comida  
da tiempo? (Á Teodora.)

TEODORA. Tiempo de sobra.

SEVERO. Bien: pues manos á la obra.  
(Ap. restregándose las manos y mirando á  
Teodora y á Ernesto.)  
Adios. (En voz alta.)

TEODORA. Adios.

SEVERO. ¡Por mi vida!  
(Ap. y mirándolos rencorosamente al salir.)

## ESCENA V.

TEODORA, MERCEDES, ERNESTO. Las dos mujeres se sientan en el sofá. Ernesto en pie.

MERCEDES. Hoy no nos ha visto usted. (Á Ernesto.)

ERNESTO. No.

MERCEDES. Ni tampoco á Pepito.

ERNESTO. No, señora.

MERCEDES. Está solito  
allá arriba.

ERNESTO. (Ap.) (Que lo esté.)

MERCEDES. (Á Teodora con seriedad y misterio.)  
(Yo quisiera que se fuese,  
porque he de hablarte...

TEODORA. ¿Tú?

MERCEDES. (Lo mismo que ántes.) Sí.  
De asuntos graves.

TEODORA. Pues dí.

MERCEDES. Como no se marcha ese...

TEODORA. No te comprendo. (Todo en voz baja.)

MERCEDES. ¡Valor!

(Le coge la mano y se la estrecha afectuosamente. Teodora la mira con asombro sin comprender nada.)

Haz porque nos deje presto.

TEODORA. Si tú te empeñas...

(En voz alta.) Ernesto...

Si me hiciera usted un favor...

ERNESTO. Con mil amores.

MERCEDES. (Ap.) (Con uno  
y sobra.)

TEODORA. Pues... suba usted...

y á Pepito... vamos... que...

pero acaso le importuno

con este encargo.

ERNESTO. No tal.

MERCEDES. (Ap.) ¡Con qué dulzura y qué tono!

TEODORA. Que... si renovó el abono  
de nuestro palco del Real  
como le dije: ya sabe.

ERNESTO. Con mucho gusto: al momento.

TEODORA. Gracias, Ernesto: yo siento...

ERNESTO. ¡Por Dios! (Dirigiéndose al fondo.)

TEODORA. ¡Adios!

(Sale Ernesto por el fondo.)

## ESCENA VI.

TEODORA, MERCEDES.

TEODORA. ¡Cosa grave!

¡Alarmada estoy, Mercedes!

Ese tono... ese misterio...

¿se trata?

MERCEDES. De algo muy serio.

TEODORA. ¿Pero de quién?

MERCEDES. Pues de ustedes.

TEODORA. ¿De nosotros?

MERCEDES. De Julian,

de Ernesto y de tí. Ya ves.

TEODORA. ¿De los tres?

MERCEDES. Sí: de los tres.

(Teodora contempla con asombro á Mercedes: pequeña pausa.)

TEODORA. Pues dí pronto.

MERCEDES. (Ap.) ¡Ganas dan!...

Pero no: cierro la mano

que es el asunto escabroso.)

Mira, Teodora, mi esposo (En voz alta.)

al fin del tuyo es hermano,

y de una familia todos

venimos á ser, de suerte,

que en la vida y en la muerte,

por estos ó aquellos modos,

nos debemos proteccion,

y ayuda, y consejo... es claro,

hoy, yo te brindo mi amparo,

y mañana, en la ocasion,

sin sonrojos en la tez

acudimos al de ustedes.

- TEODORA. Y cuenta con él, Mercedes.  
Pero acaba de una vez.
- MERCEDES. Hasta hoy no he querido dar,  
Teodora, este paso; pero  
hoy ya, me dijo Severo:  
«De aquí no puede pasar;  
»que de mi hermano el honor,  
»cual mi propio honor estimo,  
»y al ver ciertas cosas gimo  
»de vergüenza y de dolor.  
»Siempre indirectas oyendo,  
»siempre sonrisas mirando,  
»siempre los ojos bajando  
»y de las gentes huyendo.  
»En ésta, de infamias lid  
»es necesario acabar,  
»que no puedo tolerar  
»lo que se dice en Madrid.»  
¡Sigue: sigue!
- TEODORA. Pues escucha.
- MERCEDES. (Pausa. Mercedes mira fijamente á Teodora)
- TEODORA. Vamos: ¿qué dicen, Dios mío?
- MERCEDES. Mira, cuando suena el río  
agua lleva, poca ó mucha.
- TEODORA. ¡No sé si suena ó no suena,  
si agua lleva mucha ó poca,  
sólo sé, que ya estoy loca!
- MERCEDES. (Ap.) (Pobre niña, me da pena.)  
(En voz alta.)  
Pero en fin ¿no has comprendido?  
¿Yo? no.
- TEODORA. ¿Yo? no.
- MERCEDES. (Ap.) (Torpeza es tambien.)  
(En voz alta y con energía.)  
¡Está en ridículo!
- TEODORA. ¿Quién?
- MERCEDES. ¿Quién ha de ser? Tu marido.
- TEODORA. (Levantándose con ímpetu.)  
¿Julian? ¡Mentira! Villano  
quien habló de tal manera  
¡Ah, si Julian le tuviera  
al alcance de su mano!

- MERCEDES. (Calmándola y haciéndola sentar otra vez junto á ella.)  
Necesitara tener  
manos para mucha gente,  
que si la fama no miente  
todos son de un parecer.
- TEODORA. Pero en fin ¿qué infamia es esa?  
¿cuál el misterio profundo?  
¿qué es lo que repite el mundo?
- MERCEDES. ¿Conque te pesa?
- TEODORA. ¡Me pesa!
- ¿Pero qué?
- MERCEDES. Mira, Teodora;  
eres muy niña: á tu edad  
se cometen, sin maldad,  
ligerezas... ¿y se llora  
despues tanto!... ¿Todavía  
no me comprendes? Dí.
- TEODORA. No.
- ¿Por qué he de enténderte yo  
si esa historia no es la mía?
- MERCEDES. Es la historia de un infame,  
y es la historia de una dama...
- TEODORA. ¿Y ella se llama?... (Con ansia.)
- MERCEDES. Se llama...
- TEODORA. ¿Qué importa como se llame?...  
(Conteniéndola.)  
(Teodora se separa de Mercedes sin levantarse  
del sofá: Mercedes se le acerca á medida que  
habla. Este doble movimiento, de repugnancia,  
y alejamiento en Teodora, de proteccion ó insis-  
tencia en Mercedes, muy marcado.)
- MERCEDES. El hombre es ruin y traidor,  
y exige de la mujer,  
por una hora de placer  
una vida de dolor.  
La deshonra del esposo,  
de la familia la ruina,  
y la frente que se inclina  
bajo sello vergonzoso;  
como social penitencia

el desprecio en los demas,  
¡y Dios que castiga aún más  
con la voz de la conciencia!

(Ya está a otro extremo del sofá: Teodora huye del contacto de Mercedes, inclina hácia atrás el cuerpo y se cubre el rostro con las manos: al fin ha comprendido.)

Ven á mis brazos, Teodora...

(Ap.) ¡Pobrecilla, me enternece!

Ese hombre no te merece.

TEODORA. ¿Pero á dónde va, señora,  
con ese arrebato ciego?

¡si no es miedo, ni es espanto;

si no hay en mis ojos llanto;

si en mis ojos sólo hay fuego!

¿Á quién oyó lo que oí?

¿Quién es ese hombre? ¿será!...

¿él acaso?...

MERCEDES. Ernesto.

TEODORA. ¡Ah!... (Pausa.)

La mujer, yo: ¿no es así?

(Señal afirmativa de Mercedes. Teodora se levanta.)

Pues escucha aunque te irrites:

cuál es más vil no sé yo:

si el mundo que yo inventó

ó tú que me lo repites.

¡Maldito el labio mundano

que dió forma á tal ideal!

¡y maldito quien la crea

por imbécil ó villano!

¡tan maldita y tan fatal,

que sólo por no arrancarla

de mi memoria y llevarla

en ella, ya soy criminal!

¡Jesús, nunca lo pensé:

Jesús, nunca lo creí:

tan desgraciado le ví

que como á hermano le amé!

Julian fué su providencia. A

y él es noble y caballero...

(Deteniéndose, observando á Mercedes y volviendo el rostro.)

(Ap.) (Cómo me mira!... no quiero alabarle en su presencia.

¡De medo que ya, Dios mio,

he de fugir!) (Acongojándose visiblemente.)

Vamos, calma.

MERCEDES.

(En voz alta.)

TEODORA.

¡Qué angustia siento en el alma...

qué desconsuelo... y qué frío!...

¡Por la pública opinion

de esta manera manchada!...

¡Ay mi madre!... ¡madre amada!...

¡Ay Julian del corazon!

(Cae sollozando en el sillón de la izquierda.

Mercedes procura consolarla.)

MERCEDES.

Yo no presumí... perdona...

no llores... Si no creía

nada serio... ¡Si sabía

que tu pasado te abona!

Pero siendo el caso así,

has de confesar tambien,

que de cada ciento, cien,

de tu Julian y de tí

dirán con justo rigor,

que fuisteis harto imprudentes

dando ocasion á las gentes

á pensar en lo peor.

Tú, jóven de veinte abriles,

Julian en su cuarentena,

y Ernesto la mente llena

de fantásticos perfiles...  
en sus asuntos tu esposo,

el otro en sus fantasias,

más ocasiones que dias,

y tu pensamiento ocioso...

la gente que os vé en paseo,

la gente que os vé en el Real...

mal hizo en pensar tan mal;

pero, Teodora, yo creo

que en justicia y en razon,

en todo lo que ha pasado,  
el mundo puso el pecado  
y vosotros la ocasion.  
La moderna sociedad,  
permíteme que te diga,  
que la culpa que castiga  
con más saña y más crueldad,  
y en forma más rica y vária,  
en la mujer y en el hombre,  
es, Teodora, y no te asombre,  
*la imprudencia temeraria.*

TEODORA. (Volviéndose á Mercedes; pero sin atender á su parlamento.)

¿Y dices que Julian?...

MERCEDES. Sí!

es la mofa de la córte.

Y tú...

TEODORA. De mí... no te importe.

¡Pero Julian!... ¡ay de mí!  
¡tan bueno!... tan caballero,  
cuando sepa...

MERCEDES. Lo sabrá,  
porque ahora mismo estará  
hablando con él Severo.

TEODORA. ¡Qué dices!

JULIAN. (Desde dentro.) ¡Basta!

TEODORA. ¡Dios mío!

JULIAN. ¡Que me dejes!

TEODORA. ¡Ay de mí!

Vámonos pronto de aquí...

MERCEDES. (Después de asomarse á la primera puerta de la derecha.)

¡Sí, pronto, que es desvarío!...

(Teodora y Mercedes se dirigen hácia la izquierda.)

TEODORA. (Deteniéndose.)

Pero ¿por qué?... ¡no parece  
sino que yo soy culpable!  
¡La calumnia miserable  
no mancha sólo, envilece!  
Es engendro tan maldito,

que contra toda evidencia  
se nos mete en la conciencia  
con el sabor del delito!

¿Por qué de un necio terror  
me oprimen los ruines lazos?

(En este momento aparecen en la puerta de la derecha, primer término, D. Julian y detrás D. Severo.)

¡Julian!

¡Teodora!

JULIAN. (Corre á él que la oprime apasionadamente contra su pecho.)

¡En mis brazos!...

Este es tu puesto de honor.

### ESCENA VII.

TEODORA, MERCEDES, JULIAN, SEVERO.—El órden de los personajes, de izquierda á derecha, es el siguiente: Mercedes, Teodora, Julian, Severo, Teodora y Julian formando un grupo: ella en los brazos de él.

JULIAN. Pase por primera vez,  
y ¡vive Dios! que es pasar;  
pero quien vuelva á manchar  
con lágrimas esta tez,

(Señalando á Teodora.)

yo juro, y no juro en vano,  
que no pasa, si tal pasa,  
los umbrales de esta casa,  
ni aún siendo mi propio hermano.

(Pausa. Julian acaricia y consuela á Teodora.)

SEVERO. Repetí lo que la gente  
murmura de tí, Julian.

Infamias.

Pues lo serán.

JULIAN. Lo son.

SEVERO. Pues deja que cuente  
lo que todo el mundo sabe.

JULIAN. ¡Vilezas, mentiras, todo!

SEVERO. Pues repetirlo...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1926 MONTERREY, MEXICO

32794